

Históricas Digital

“De otras provincias de indios que están cerca de Huainamota, y de algunas cosas particulares dellas, y de cómo el padre comisario prosiguió su visita hasta llegar a Acaponeta”

p. 109-118

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes

Tomo II

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

tando el Demonio a los unos y a los otros a que perpetrasen un delito tan grave y enorme, porque les reprehendían sus vicios, y les defendían sus idolatrías y se las quitaban; muertos los frailes, mataron también a los indios que los servían, y a los que hacían la iglesia, que eran naturales de Xalisco, de los cuales muy pocos se escaparon, luego quemaron el convento, y de los cálices de plata, que en él había, hicieron zarcillos, penachos y medallas para sus *mitotes* y bailes. Los ornamentos ofrecieron primero a sus ídolos, y después los repartieron por las provincias comarcanas infieles que tenían por amigas, y rebelaron y levantaron toda aquella provincia de Huainamota, excepto un pueblo que tenía por cacique un indio ladino llamado don Miguel, que había sido criado de los frailes; sabido esto por la Audiencia de Guadalajara, envió gente de guerra, españoles e indios, para hacer justicia de los culpados y castigar un delito tan atroz; fueron allí y tuvieron con los huainamotecas algunas refriegas, y al fin rindieron muchos y llevaron a Guadalajara como novecientos dellos, entre chicos y grandes, de los cuales descuartizaron algunos, los más culpados, otros fueron vendidos por esclavos por algunos años y otros por toda su vida, y otros fueron dados por libres. Fue un fraile de Xala y trujo los cuerpos y las cabezas de los frailes sobredichos y enterráronlos en el convento; afirmaron los indios que no habían podido cocer en tres días la cabeza de fray Andrés de Ayala y que viendo esto le habían quitado la carne a pedazos en el fuego, como pareció después en el casco cuando dieron las cabezas.

[CAPÍTULO LXXXII]

De otras provincias de indios que están cerca de la de Huainamota, y de algunas cosas particulares dellas, y de cómo el padre comisario prosiguió su visita hasta llegar a Acañoneta

La provincia sobredicha de Huainamota tiene por vecinas en su contorno otras muchas provincias de indios infieles y de guerra, aunque algunos hay bautizados, pero pocos de paz. A la banda del norte de Huainamota está una provincia que se dice Huazamota, en la cual hay mucha gente bautizada y han comenzado a recibir la fe cristiana que un fraile nuestro llamado fray Francisco Martínez, el Niño, les comenzó a enseñar el año de ochenta y dos; a la banda del sur está otra provincia llamada Zayabecos, de gente cristiana pero indómita; comen carne humana y han

muerto muchos españoles; tienen éstos por cacique y señor a un indio llamado don Miguel Oromán, hombre belicoso y gran hechicero, el cual con ellos y con las otras provincias comarcanas tiene por este respecto muy gran crédito; tendrá aquella provincia de los zayabecos seiscientos hombres de arco y flecha, muy valientes, y ejercitados en la milicia.

Entre el sur y poniente tiene Huainamota por vecina otra provincia de indios chichimecas por baptizar, llamados coras, gente belicosa, aunque no tanto como los zayabecos. Tiene de largo hasta treinta leguas por donde más se extiende, y de ancho diez y seis; es gente crecida, bien dispuesta y bien agestada; su lengua es la de Centípac y son todos idólatras.

A la parte del oriente tiene otra provincia que se dice de los uzares, la cual es muy estéril en los frutos de la tierra; cogen poco maíz y aunque son todos idólatras no tienen adoración común, sino cada uno elige el ídolo que quiere y le aplica aquello que más le inclina su naturaleza; comen carne humana, y dicen serán hasta mil hombres. Desta provincia y de la de Huazamota salen los indios a rescatar sal y pescado a la de Acaponeta y Centípac, que cae a la costa del mar del sur como presto se verá.

Por la parte del poniente de Huainamota está una provincia que se dice Tepeque, grande y de gente muy valiente. Estaba entonces repartida entre dos principales, el uno llamado don Francisco y el otro don Pedro, y éste por ser gran hechicero y el otro por ser valiente eran obedidos y temidos; mucha de esta gente estaba baptizada, pero por no tener ministros se estaban en sus ritos y ceremonias antiguas; no se dan tanto a las idolatrías como los de las demás provincias, pero son salteadores de secreto y favorecen a los chichimecas guachichiles, con los cuales van por mandado de los principales y hacen sus saltos; los guachichiles ofrecen de los despojos de ropas a los principales para tenerlos propicios y que les den indios cuando los pidieren, y con un indio guachichil que salga para capitanearlos y meterlos y sacarlos en la tierra le dan toda la gente que pide, y todos hacen mucho daño.

Todas estas provincias, sin otras muchas, están por allí perdidas sin doctrina ninguna, por falta de ministros, que no los hay, y porque atendiendo muchos españoles, así los jueces como los que no lo son, más al provecho e interés particular que al bien común, olvidados deste procuran el otro, y metidos y embebecidos en sus ganancias, minas y otras granjerías temporales, se olvidan totalmente de las espirituales, que con menos trabajo que el que ponen para hacerse ricos alcanzarían para sí y para aquellos pobres naturales. La de Huainamota, donde había ministros y estaban de asiento, quedó sin ellos como queda dicho, y destruido y

quemado el convento con las iglesias de los pueblos de las visitas, lo cual causó no pequeña lástima en toda aquella tierra, especial entre los religiosos. También lo sintieron mucho toda la gente común y otros indios de los principales, que están inocentes de este hecho; destos halló el padre comisario, allí en Xala, a un don Miguel, indio ladino que (como queda dicho) había sido criado de los frailes, el cual con otros setenta indios con sus hijos y mujeres venían a pedir frailes para Huainamota. Hablaron sobre ello al padre comisario ofreciéndose que harían que los frailes fuesen honrados y obedecidos, y quedó concertado que el don Miguel fuese a Huainamota y hablase a los demás caciques de aquella provincia, o les escribiese sobre el caso, y que como todos le pidiesen por carta firmada de sus nombres que les enviase frailes y hiciesen la iglesia y casa que habían quemado, que entonces darían licencia para que fuesen otros religiosos en lugar de los muertos, porque ya había quien se ofreciese a ir y sacrificarse al Señor en aquella jornada; ofrecióse el don Miguel a hacer aquello y dar la respuesta al padre comisario cuando volviese por allí de lo de Acaponeta, Centípac y Xalisco, pero no negoció nada como adelante se verá.

Viernes diez y seis de enero salió el padre comisario de Xala, después de comer con un sol recísimo, llevando por *nauatlato*, como lo había hecho desde Guadalajara hasta allí, a un fraile de aquella provincia, lengua mexicana de la que por aquella tierra se usa, porque el otro *nauatlato* de la lengua tarasca se había vuelto a lo de Michoacán luego como el padre comisario salió de los conventos y pueblos de aquella parte, y desde allí hasta Guadalajara llevó otro de lengua mexicana; y caminando por unos arenales, un valle o abra arriba, alrededor del volcán sobredicho de Xala, llegó a un poblecito de aquella guardianía, de siete o ocho casas sin iglesia, puestas en un rincón, legua y media de la cabecera; recibieronle los indios con mucha devoción y ofrecieronle una gran jícara de guayabas; agradecióselos el padre comisario y pasó adelante, y acabada de subir aquella abra, fue por otra bajando alrededor del mismo volcán, y dejando en el camino muchas casas caídas y arruinadas y vestigios y señales de edificios y pueblos antiguos, y alrededor del volcán muchos y muy grandes montes de peñascos y peñas quemadas, que (según le dijeron) habían salido de aquel volcán, cuando, como queda dicho, reventó, llegó a unos llanos donde había algunas milpas de maíz y una fuente o pozo, al pie de una sierra o cuesta de un camino muy empinado; subióla el padre comisario y halló en lo alto ocho indios a caballo que le estaban aguardando, el uno dellos llevaba una bandera y los demás iban con adargas hechas de varillas y guarnecidas de plumas de papagayos coloradas y amarillas, muy vistosas; todos fueron desde allí hasta el pueblo,

que hay muy buena media legua, haciendo fiestas, corriendo sus caballos y dando gritos y alaridos. A la entrada del pueblo, el cual se llama Tepequechpan, cuatro leguas de Xala y de aquella guardianía, estaba toda la gente puesta en procesión con cruz, andas y imágenes, hechos también algunos altares; recibieron al padre comisario con mucho contento y alegría, ofrecieronle muchos plátanos, pan de Castilla y una bota de vino, y muchas truchas que el día siguiente hicieron provecho. Hablan los de aquel pueblo la lengua de Xalisco; es pequeño y de gente muy devota; detúvose allí el padre comisario aquella noche.

Sábado diez y siete de enero salió muy de madrugada de Tepequechpan, y andadas dos leguas y pasados en ella dos arroyos, llegó aún siendo de noche a un poblecito llamado Zapotlanejo, visita de clérigos del mismo obispado de Guadalajara. Pasó de largo, y andadas otras dos leguas, en que se pasan otros cuatro o cinco arroyos y algunas barranquillas, llegó al amanecer a otro arroyo que corre por junto a una estancia de vacas, y prosiguiendo su viaje y pasados otros dos arroyos y una fuente que nace en el mismo camino, y después un riachuelo, y andadas otras tres leguas, llegó a un poblecito pequeño de la guardianía de Xalisco, llamado Analco; allí descansó un poco y comió y luego volvió a su tarea, y pasado el riachuelo sobredicho, que ya es río por habersele juntado otro, y andada una buena legua de buen camino, llegó antes del día al pueblo y convento sobredicho de Xalisco donde fue muy bien recibido y se le hizo mucha fiesta. Salieron muchos indios de a pie con adargas de plumas de papagayos como las otras, e iban delante del padre comisario tirándose naranjas unos a otros y recibiendo los golpes en las adargas, dando voces y alaridos. El pueblo de Xalisco es de mediana vecindad de indios que hablan una lengua llamada tecual, sin la cual hay otras dos en aquella guardianía; una es la huainamota y otra se llama pinome; todos estos pueblos caen en la jurisdicción de Guadalajara y en aquel obispado, el cual, por aquel pueblo (como dicho es) se llama también de Xalisco. Es aquel pueblo cálido, danse en él muchos plátanos y todo género de naranjas, muchas granadas y hortalizas de Castilla y frutas de la tierra; dase por allí mucha miel blanca, muy buena y delicada, que se lleva a México y a otras partes y se tiene y estima en mucho; los indios de tierra de Xalisco traen el traje de los mexicanos, pero las indias, en lugar de los *huaipiles*, traen unos como capisayos con dos puntas o picos largos, uno detrás y otro delante, con unas labores en ellos azules y blancas, vistosas desde lejos. Este mismo traje usan en Centípac y en Acaponeta, y aun las indias chichimecas de la sierra, y aun casi esta misma manera de capisayos usan los de Nicaragua, como atrás queda dicho, salvo que no tienen los picos tan largos. El convento es pequeño y muy viejo, hecho

todo de adobes, con su iglesia y cubierto de paja y tiene una bonita huerta, la cual se riega con agua de pie; la vocación del convento es de San Juan Bautista, moraban en él dos religiosos, visitólos el padre comisario y detúvose con ellos aquel día y el siguiente; acudieron los indios con sus presentes de gallinas, plátanos, mojarras, miel y pinol y una botijuela de vino; está de allí la Mar del Sur siete leguas y péscanse por allí sardinas, que en la vista y sabor parecen mucho a las que se toman en el mar de España.

Lunes diez y nueve de enero salió el padre comisario muy de madrugada de Xalisco, y andada una gran legua de camino llano llegó aún muy de noche a un bonito pueblo de aquella guardanía llamado Tepic. Pasó de largo, y andadas cuatro leguas de cuesta abajo entre llanos de tierra muy calurosa, en que se pasan muchas barranquillas y ocho arroyos y un río, con una obscuridad tan grande que hizo errar el camino a la guía, llegó finalmente temprano a un rancho que unos indios chichimecas cristianos de paz tenían hecho junto a un arroyo; allí le dieron de comer y hicieron mucha caridad y descansó un buen rato.

Después de haber comido partió el padre comisario de aquel rancho, y pasado el arroyo sobredicho subió y bajó unas malas cuestras, y pasados otros dos arroyos y andadas cinco leguas, llegó muy cansado y quebrantado al Río Grande de Toluca tantas veces nombrado. Pasáronle los indios en una barbacoa o zarzo hecho de palos secos, los demás frailes pasaron por el vado, a caballo, el río sobredicho, porque aunque llevaba mucha agua por allí va muy ancho y extendido, y por ser como era tiempo de seca se pudo vadear; para tiempo de aguas tiene allí un español una barca en que pasa la gente y las recuas o harrias. De la otra parte del río, junto a la misma ribera, está un pueblo llamado Huitzcuintlan, de la guardanía de Centípac (de donde eran los indios que pasaron al padre comisario) y allí estaba el guardián aguardándole con los demás indios del pueblo, los cuales le hicieron muy buen recibimiento, y estaban todos indios e indias las bocas abiertas, abobados y admirados de verle; hace en aquel lugar y en los demás de la guardanía de Centípac, mucha calor, y hay tantos mosquitos que dan demasiada pena y pesadumbre sus importunas picadas. Para remedio de esto se usan en aquella tierra en las camas pabellones hechos de mantas de algodón, y aún no basta; entonces no había muchos destos animalejos por ser tiempo seco, el mejor de todo el año, más con todo esto fatigaban mucho; los indios de aquel pueblo hablan una lengua llamada pínutl, detúvose con ellos el padre comisario aquel día y el siguiente, que fue la fiesta de San Sebastián, en que les dijo misa y acudieron a oírla y a verle otros muchos indios de

aquella comarca, y entre ellos algunos chichimecas de la sierra. Ofreciéronle gallinas, plátanos, huevos, chile, miel, lezas y tortugas, y los chichimecas que eran cristianos le presentaron, en señal de paz y subjeción, tres manojos de flechas aderezadas y puestas a punto.

El mismo día de San Sebastián, martes veinte de enero, salió el padre comisario de Huitzcuintlan, después de comer, y andadas dos leguas cortas de camino muy llano llegó a otro bonito pueblo de los mismos indios pinutles, y de la mesma guardianía de Centípac, llamado Santiago Tecomatlán. Estaba toda la gente junta y recibieronle con mucha fiesta y solemnidad; hubo chichimecas contrahechos de a pie y de a caballo que con limones ceotíes (de que por allí hay muchos y muy grandes) se tiraban unos a otros y recibían los golpes en las adargas muy pintadas que llevaban; hubo también una danza de negros, también contrahechos, los cuales, al son de un tamboril y una flauta, danzaban muy graciosamente y los unos y los otros fueron delante del padre comisario hasta llegar al patio de la iglesia, donde era tanto el concurso de gente y los que acudían a besarle la mano y el hábito, que no le dejaban andar; gente por cierto muy devota y sincera. Allí en Santiago celebró el padre comisario otro día la fiesta de Santa Inés, devota y abogada suya, a la cual acudieron los indios de aquel pueblo y de otros vecinos a regocijarla y a oír misa como si fuera día de pascua, y ofrecieron muchas cosas de comer; unos trujeron gallinas, otros batatas, otros plátanos, otros ostras frescas en piedra y otros pescados del Mar del Sur que está cerca de allí.

Miércoles veintiuno de enero salió el padre comisario después de comer de aquel pueblo, y con él tres o cuatro indios a caballo, los cuales fueron un gran trecho delante dél haciendo mal a los caballos y tirándose con limas como el día antes; volviéronse a sus casas y prosiguió el padre comisario su camino, y andadas dos leguas y media de camino llano en que se pasa un arroyo por una puente de madera, llegó a un poblecito de los mismos indios y guardianía llamado San Juan Omitlán, donde fue muy bien recibido porque todos estaban a la entrada del pueblo puestos en procesión, muy devotos, mostrando mucho contento y alegría; salieron al camino unos pocos dellos en traje de chichimecas dando gritos y alaridos y dándose los unos a los otros con unas porras muy pesadas que llaman *macauitles*, y recibiendo los golpes en unas adargas que llevaban hechas de varillas y aforradas con cortezas de caimanes; agradeciéles su devoción y fiesta el padre comisario, y pasando adelante y andada otra media legua de camino asimesmo muy llano, y pasado al fin de ella un río grande que dicen de San Pedro, llegó a otro pueblo pequeño de los mismos indios y guardianía llamado San Pedro Tanauehpa, donde fue muy bien recibido;

solemnizando la fiesta algunos dellos en trajes de chichimecas, con adargas y *macauilles*, y uno solo danzado al son de una guitarrilla que otro le iba tañendo, y el que danzaba llevaba en lugar de sonajas un pretal de cascabeles con que hacía maravillas. Desciende aquel río de San Pedro de las Zacatecas y pasa por Guadiana y Nombre de Dios, dos pueblos de españoles de aquella tierra; danse en él muy buenos bagres y péscanse muchas lezas que suben del Mar del Sur, que no está lejos de allí. Descansó el padre comisario en aquel pueblo parte de aquella noche, en la cual llovió mucho en toda aquella comarca.

Jueves veintidós de enero despertaron tan temprano al padre comisario, que era poco más de media noche. Partió de aquel pueblo luego en rezando (que este orden guardó siempre en sus caminos de llevar rezada nona antes de salir del lugar) y andadas cuatro leguas largas de camino llano en que se pasan dos arroyos, llegó antes que amaneciese junto de un poblecito llamado Santo Tomás Ozomatlán, y por otro nombre los Pescadores, de la guardianía de Acaponeta. Está aquel pueblo metido entre unas lagunas y ciénagas, que para entrar en él se ha de pasar forzosamente agua, y por este respecto no pasó el padre comisario allá, pero quedóse en un rancho que los indios tenían hecho menos de un tiro de arcabuz del pueblo, junto a la misma agua; allí hicieron lumbre, a la cual le secaron las suelas y ropa, que toda iba mojada de la agua menuda que siempre había llovido en todas aquellas cuatro leguas. Estaba el camino lleno de charcos y quedó la noche tan oscura, luego que se puso la luna, que todo esto daba grandísima pesadumbre, y si no llevara el padre comisario un buen indio por guía, el cual sabía muy bien toda aquella tierra, no dejara de caer aquella noche en alguno de muchos malos pasos que había en aquel camino; pero al fin llegó al rancho sobredicho, donde descansó un gran rato y le dieron los indios pescado cocido con que almorzó y comió, todo junto, él y sus compañeros. Desde aquel pueblo va todo de algunas ciénagas y esteros, hasta el Mar del Sur, que no está lejos; hay en ellas mucho y muy buen pescado, especialmente en una laguna que está junto al mismo lugar.

De aquel rancho partió el padre comisario, ya muy de día, y caminando con la misma agua menuda, pasadas algunas ciénagas y malos pasos, y andadas cuatro leguas, llegó a un riachuelo que llaman de Santa Ana, que a la sazón llevaba poca agua, y pasado éste con facilidad por el vado, y prosiguiendo su viaje por unas sabanas o dehesas, y pasado al cabo de ellas un río grande, llamado de Acaponeta, llegó después de medio día muy cansado y fatigado al mismo pueblo de Acaponeta, dos leguas del río sobredicho de Santa Ana. Pasó aquel río de Acaponeta arrimado

a las mismas casas del pueblo por una quebrada muy honda, y aunque es río grande y caudaloso suélese vadear en muchos tiempos del año, pero cuando llueve en las sierras, de donde él viene, suele crecer con tanta furia, que en muchos días no hay remedio de vadearle, y destrúyeles a los pobres indios las milpas de maíz, frisoles y algodón y a los melonares que siembran en sus riberas, como lo había hecho el año pasado de ochenta y seis, y así estaban muy pobres, afligidos y miserables, y padecían mucha hambre. Cuando el padre comisario llegó allí, había llovido en la sierra los tres días precedentes, y así venía el río muy poderoso y enojado, y aunque no tanto como otras veces, con todo esto no fue posible vadearle; hicieron los indios un zarzo de cañas y pusieron sobre él muchas calabazas grandes y sobre las calabazas otro zarzo, el cual ataron con el otro de abajo, y sobre esta máquina pasaron al padre comisario y a sus compañeros de dos en dos, yendo diez o doce indios a cada camino alrededor del zarzo, empujándole y tirando dél con la una mano y nadando con la otra. Al padre comisario y a su secretario pasaron en la primera zarzada y luego a los demás, y a todos los llevó la corriente del río buen trecho bajo del pueblo, donde los estaban aguardando el alcalde mayor de aquella comarca y muchos españoles, con los cuales llegaron al pueblo y fueron en él muy bien recibidos de los indios e indias, que con mucho contento y devoción los estaban todos juntos esperando. Están tan diestros los indios en pasar a nado aquel río, que cuando no le pueden vadear toman unas calabazas grandes que se hacen por allí, casi tan anchas como rodelas, y meten en ellas su hatillo y algunas veces sus hijuelos pequeños (según lo contaron al padre comisario), otras veces maíz y otras cosas, y con la una mano van tiniendo las calabazas porque no se trastornen y con la otra van nadando, y así pasan de la otra banda, yendo mudando los brazos; hizolo entonces un indio, el cual, en una de aquellas calabazas, llevó de comer a otro que estaba de la otra parte del río, en el cual se dan muy buenos bagres y mojarras, y algunos robalos que suben del Mar del Sur, que está seis leguas de allí. El convento de Acaponeta (cuya vocación es de la asunción de nuestra Señora) es una casita vieja y pequeña de aposentos bajos, hecha de adobes, con su iglesia, cubierto todo de paja; suelen morar allí dos frailes, pero entonces no había más de uno; visitóle el padre comisario y detúvose allí hasta el lunes siguiente. Allí tuvo la septuagésima y predicó a los españoles que moraban en aquel pueblo y a otros muchos que acudieron de las minas que están cerca de allí. El pueblo de Acaponeta es de mediana vecindad, situado en tierra calurosa; hay en él y en los demás de aquella guardanía siete lenguas o siete diferencias de lenguas, y son las que se siguen: pínutl o pinome, cuachicanuquia, guacnuquia, cuarinuquia, iruzanuquia, naarinuquia y neuxinuquia, pero la

mexicana corre en todos ellos, como atrás queda dicho y en ella se les predica y algunos de ellos se confiesan. Caen todos en el obispado y jurisdicción de Guadalajara, y es aquel convento el último de aquella provincia y de la parte que llaman de Xalisco, al cual ningún otro prelado superior había hasta entonces llegado, y de los provinciales muy pocos, así por estar tan apartado y haber en el camino tantos ríos y ciénagas, como por el peligro de los chichimecas de la sierra, que no están lejos del paso; pero todas estas dificultades venció el buen ánimo del padre comisario general fray Alonso Ponce, y el deseo de acertar a hacer bien hecho su oficio y ayudándole Dios concluyó muy bien aquella jornada y otras muchas, como adelante se verá, prosiguiendo en todas la ejecución de su comisión y prelación.

En aquel mar de la guardiánía de Acaponeta se dan muchas ostras, y por otro nombre se llaman ostiones, hay grandes pesquerías dellas allí y en lo de Centípac, y llevan muchas harrias cargadas dellas a México y otras partes, y hay tan grande suma de las conchas en que estas ostras están metidas, que se parecen orilla de la mar montones dellas; hácese de estas conchas cal blanca muy buena, y a la sazón que el padre comisario llegó a Acaponeta habían hecho cien hanegas para aquel convento. Junto a Acaponeta hay unas minas de plata llamadas San Francisco, y más lejos otras que se intitulan de San Marcial; todas se beneficiaban entonces y había en ellas muchos españoles; más adelante está Chiametla y la villa de San Sebastián, que es en la Nueva Vizcaya, donde hay otras muchas minas de plata, y hasta donde llegan las recuas, desde México, con vino, ropa y otras mercaderías, y aun pasan adelante.

Allí, no lejos de Acaponeta, hay grandes serranías donde habitan muchos indios infieles y otros bautizados que, huyendo de los soldados y de los malos tratamientos que les hacían, dejaron los llanos donde antes moraban y tenían sus pueblos e iglesias en que eran doctrinados, y se subieron a lo alto por estar más seguros y vivir con más libertad, pero sin misa ni doctrina. Destos se habían bajado entonces más de ciento con sus mujeres e hijos y estaban poblados en dos pueblos, en lo llano, y los visitaban y doctrinaban desde nuestro convento de Acaponeta, en el cual dejó el padre comisario al fraile que llevaba por *nauatlato*, el cual, pocos días después, aun antes que se tuviese capítulo, hizo bajar otros ciento y sesenta y los pobló en tres poblecitos, y cada día se bajarían otros muchos y aun se convertirían otros si hallasen buen tratamiento en los españoles y hubiese ministros que los instruyesen y enseñasen el camino del cielo.

En lugar deste *nauatlato* llevó el padre comisario, en lo restante de la visita de aquella parte de Xalisco, a un religioso de la provincia de Mé-

xico, llamado fray Diego Delgado, uno de los muchos que fueron a Guatemala por no quedar a la obediencia y gobierno del provincial fray Pedro de San Sebastián, viendo (como atrás queda dicho) que gobernaba la provincia con sola la autoridad de la Audiencia; casi todos éstos volvieron de Guatemala a México, pensando que con la presencia del padre comisario se allanaran las alteraciones pasadas, y viendo que no le querían recibir y que negociaron cómo la Audiencia no le dejase entrar en la provincia, ni tuviese que ver con ella (como queda referido) pasaron a Michoacán, donde por ser lenguas mexicanas y otomíes trabajaron en la obra de los naturales todo el tiempo que el padre comisario se detuvo en aquella provincia. El fray Diego Delgado, habiendo concluido un negocio que el padre comisario general le encomendó cerca de Cocula, acudió con él a la provincia y alcanzóle en Xala y de allí le acompañó hasta Acaponeta, desde donde, como dicho es, le llevó por *nauatlato* hasta tornar a la parte de Michoacán, como agora se verá.

[CAPÍTULO LXXXIII]

De cómo el padre comisario volvió desde Acaponeta a Xalisco

Visitado, como queda visto, el convento de Acaponeta, porque para visitar los demás que no estaban visitados era menester dar la vuelta hacia Guadalajara y llegar a Cocula, desde donde se había de ir al valle de Autlán, Colima, Zapotlán y Tuchpa y a otras partes, determinó el padre comisario salir de Acaponeta y volverse a Xalisco; y poniendo esto por obra partió lunes en la tarde, veintiséis de enero, de aquel pueblo y convento, y pasado el río por el vado, porque ya se le había quitado el enojo, y andadas dos leguas de camino llano, llegó antes de ponerse el sol a un pueblo pequeño de aquella guardanía, llamado San Philipe Atztatlan, de indios que hablan la lengua pinome o piñonuquia, donde se le hizo muy solemne recibimiento; salieron al camino algunas danzas de indios en trajes de chichimecas y todos le hicieron mucha fiesta; ofrecieronle pan de Castilla y bizcochos, plátanos, batatas, gallinas y una botijuela de vino, que por allí se estima en mucho; habían acudido a aquel pueblo los indios de otros pueblos vecinos y todos se regocijaron con la llegada del padre comisario, el cual se detuvo allí aquella noche.

Martes veintisiete de enero salió de madrugada de Atztatlan con una luna muy clara, y pasado el riachuelo de Santa Ana, y andadas cuatro